

APROXIMACIÓN A LA IDEA DE «REPÚBLICA» EN LA FRANCIA REVOLUCIONARIA

Por AZUCENA RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

SUMARIO

I. AMBIGÜEDAD CONCEPTUAL DEL TÉRMINO «REPÚBLICA»: ANTECEDENTES.—II. LA PRIMERA REPÚBLICA FRANCESA: ENTRE LA IMPROVISACIÓN Y EL DESCONCIERTO.—III. EL ANDAMIAJE DOCTRINAL DE LA REPÚBLICA JACOBINA.

El término república, originado en el mundo clásico para referirse al contenido *res publica*, conocería en la Edad Moderna la adición de nuevos significados que se fueron gestando al calor de la efervescencia especulativa de la época, hasta componer un complejo abanico conceptual a disposición de las demandas de cada discurso. En Francia, bajo una cobertura a veces literaria, a veces erudita, su empleo marginal había formado parte de la producción intelectual posterior al Renacimiento, del mismo modo que de la del resto del mundo cultural surgido de la civilización greco-latina; en ese contexto, de forma tímida al principio, más audaz en el período de las Luces, un nuevo concepto de república surge y se precisa en visperas de la Revolución: el vocablo república era entonces empleado, en el lenguaje político, con una frecuencia cada vez mayor —pese a lo adverso que respecto a ese uso se presentaba el momento político— con la clara connotación antimonárquica que más tarde y de forma predominante le caracterizaría. La historia actuaría de consuno con la reflexión teórica; y mientras que la monarquía borbónica mostraba su incapacidad para evolucionar e integrar completamente en sus estructuras administrativas los elementos racionalizadores de la filosofía de las Luces, la Revolución, al defender y proclamar el espíritu de la Enciclopedia, se erigía en símbolo y en ejecutora de la reacción contra dicha monarquía, emblema del Antiguo Régimen, a la que no podía evitar oponer, por contraste y necesidad de coherencia, una república configurada no sólo como *res publica*, sino sobre todo como antimonarquía.

I. AMBIGÜEDAD CONCEPTUAL DEL TÉRMINO «REPÚBLICA»: ANTECEDENTES

Una primera aproximación al contenido político del término república nos revela inmediatamente la coexistencia en él de dos significados de los que resulta dificultoso establecer los límites. En su origen, república toma el significado de *res publica* —«cosa pública»— tal y como era concebida la república antigua; es decir, en cuanto administración de un territorio asentada sobre leyes precisas —el Estado (1)— sin referencia explícita a la forma de gobierno, de tal manera que un gobierno monárquico podría constituirse en república a condición de que «fussent reconnues et prises en charge les notions de bien commun, de bien public, d'utilité publique, de commun profit» (2). Motivo éste que parece explicar, según Littré, por qué «les empereurs romains avaient-ils conservé le nom républicain, et les premières pièces frappées en 1804 portaient d'un côté *République française*, et de l'autre *Napoléon empereur*» (3). Pero república significa también «l'État gouverné par une assemblée du peuple ou par un sénat, et où le pouvoir exécutif n'est pas héréditaire» (4). Si en el primer caso era la organización del Estado la que determinaba la pertinencia en el uso del vocablo república, aquí será la forma de gobierno la que decidirá del empleo de dicho término: la cláusula de *no hereditario* del Poder Ejecutivo, destacada en este segundo valor, impide a todo gobierno monárquico ordenar una república, salvo en el caso de que el rey lo sea por elección —recordemos el ejemplo de Polonia o el de Venecia—. Pero, excepto que el mandato real resultaría vitalicio ¿qué diferencia habría entonces entre una república y una monarquía electa? Por otra parte, conviene hacer un segundo apunte a la definición, un tanto ambigua, que nos proporciona el Wartburg; aunque en el diccionario se dice que república es un *État gouverné par une assemblée du peuple ou par un sénat*, habría que distinguir, como en su momento lo hiciera Montesquieu, ambos extremos: el primero, cuando el Estado está gobernado por un Senado, «cela s'appelle une *aristocratie*» (5); cuando por el contrario es el pueblo en asamblea el que gobierna, pero *todo* el pueblo, y el Poder Ejecutivo no es hereditario, entonces habrá que hablar de *democracia*. El breve esquema aquí esbozado revela ya la confusión conceptual a la que el término república inevitablemente conduce, confusión que no será sino el resultado de las turbulencias intelectuales e históricas en las que se fue conformando.

A partir del Renacimiento la distinción en tres regímenes —monarquía, aristocr-

(1) «La portée essentielle —dice Tenzer—, constamment reprise par les philosophes jusqu'à nos jours, de ces premières théories est qu'on ne peut concevoir un État sans loi. Celui-ci ne serait plus un État mais un régime despotique qui, ainsi que le relevaient les anciens, est d'ordre domestique et non politique.» N. TENZER: *La République*, PUF, col. «Que sais-je?», París, 1993, pág. 14.

(2) P. CONTAMINE: «La République sous l'Ancien Régime», en *L'Histoire*, Dossier: *Splendeurs et misères de la République*, núm. 155, mayo 1992, pág. 14.

(3) Ver la definición de «república» en el *Dictionnaire de la langue française* de EMILE LITTRÉ.

(4) Ver igualmente las definiciones del diccionario WARTBURG de la lengua francesa.

(5) MONTESQUIEU: *L'Esprit des lois*, GF-Flammarion, París, 1979, pág. 131.

cracia, democracia— hecha por Aristóteles en su *Política*, que se mantiene y se difunde durante los siglos XIII y XIV (6), fue enturbiándose hasta resultar inadecuada, ya en el siglo XVIII, para precisar el alcance de la palabra república. Interpretada en todo el período como *res publica*, se reservaba al discurso erudito —tal es el caso de Jean Bodin en sus *Six livres de la République* (7), (1576), por ejemplo—, y su uso se prolongaría, no obstante, la aparición de nuevas acepciones, hasta la Revolución, conservando íntegra la herencia de la antigüedad clásica; las dudas respecto a la legitimidad de una república así entendida que se plantea La Boétie en su *Discours de la servitude volontaire* resultan excepcionales (8). La utilización del vocablo sería, pues, casi exclusivamente teórica hasta el siglo XVIII, época en la que, fuera ya del ámbito teórico, su contenido se modifica en sentido peyorativo debido más a los avatares históricos que a un auténtico cambio conceptual en la interpretación del término (9). Pero con las Luces la sugerencia de La Boétie se desarrollará abiertamente hacia la idea de república que más tarde inspiraría el primero de los regímenes republicanos franceses; es decir, la república entendida como antinomia de la monarquía. Bien es cierto que tal idea no llegó a sobrepasar los límites de la pura especulación en los círculos eruditos, ni sus teóricos se atrevieron a considerarla en ningún caso como una posibilidad real de gobierno; Diderot, para quien Atenas representaba el ideal de república, objeta que «si une république est petite, elle peut être bientôt détruite par une force étrangère; si elle est grande, elle se détruit par un vice intérieur»; el mismo Rousseau cree que la república sólo es realizable en un pueblo de dioses. Mediatizada por la situación política y por la ambigüedad que parece le es intrínseca, la nueva acepción no consigue siquiera despegarse y diferenciarse completamente de la que le dio origen. En Rousseau el sentido preeminente de *res publica* se

(6) Pese a la defensa generalizada de la monarquía, hay que subrayar en la obra *De regimine principum*, iniciada por Tomás de Aquino y terminada por su discípulo Ptolomeo de Luca, la insistencia en las fallas del gobierno monárquico: «Il arrive souvent que les hommes vivant sous la domination d'un roi travaillent peu pour le bien commun, persuadés que tout ce qu'ils feraient dans l'intérêt général ne leur serait point rapporté et tournerait à l'honneur de celui qui a le monopole de cet intérêt. Inversement, quand on voit le bien commun ne pas dépendre d'un seul, chacun s'applique à le promouvoir, non pas comme si c'était le bien d'un autre mais comme le sien propre.» Citado por C. NICOLET: *L'idée républicaine en France. Essai d'histoire critique (1789-1924)*, Gallimard, París, 1982, pág. 21.

(7) «L'apport de Bodin à la république est celui-ci: l'affirmation d'un corps politique unique, d'un droit lié à celui-là, et non d'une finalité qui régit l'État, ni la défense d'une quelconque "légitimité" du peuple pour son gouvernement.» N. TENZER: *op. cit.*, pág. 10.

(8) Se interroga La Boétie si es lícito clasificar la monarquía entre los gobiernos republicanos, atendiendo a que «il est malaisé —nos dice— de croire qu'il y ait rien de public en ce gouvernement, où tout est à un». LA BOÉTIE: *Discours de la servitude volontaire*, GF-Flammarion, París, 1978, pág. 132.

(9) «Pour la plupart des Français —monarchistes et loyalistes par la force des choses— les Républiques modernes —la Hollande, Venise, ou, encore pire, l'Angleterre de Cromwell— sont non seulement marginales, aberrantes, ridicules, mais presque toujours odieuses, parce qu'ennemies du roi français; d'où le sens fréquemment attesté du mot "républicain" en tant que synonyme de "rebelle", "libertin", "régicide". Cependant, dans un tout autre registre, et souvent chez les mêmes auteurs —Bossuet par exemple— les Républiques anciennes, Athènes, Sparte et surtout Rome, demeurent des modèles inégalés de vertu civique et d'organisation politique.» C. NICOLET: *op. cit.*, págs. 24-25.

evidencia con claridad: «J'appelle donc République tout État régi par des lois, sous quelque forme d'administration que ce puisse être: car alors seulement l'intérêt public gouverne, et la chose publique est quelque chose» (10); en consecuencia, «tout gouvernement légitime est républicain» (11), legitimidad que descansa sobre la ley, y ésta, a su vez, habrá de sustentarse en el principio de la virtud (12). La inteligencia de la virtud como fundamento de un régimen republicano era compartida igualmente por Montesquieu, incluso a pesar de las diferencias conceptuales que lo separaban de Rousseau. Mientras que para el ginebrino la república existe a condición de que el Estado sea regido por la ley, al margen de su forma de administración, para Montesquieu la palabra república adquiere un sentido específico y diferenciador respecto al concepto de monarquía: la monarquía es el sistema político en el cual «un seul gouverne, mais par des lois fixes et établies» (13). Montesquieu reserva el término república para el gobierno no hereditario, distinguiendo, no obstante, como ya quedó anunciado, que «lorsque, dans la république, le peuple en corps a la souveraine puissance, c'est une *démocratie*; lorsque la souveraine puissance est entre les mains d'une partie du peuple, cela s'appelle une *aristocratie*» (14). Si en Montesquieu la soberanía se constituye en criterio diferenciador entre los tres regímenes aristotélicos, en Rousseau tal criterio queda en suspenso al considerarse que «pour être légitime il ne faut pas que le gouvernement se confonde avec le souverain, mais qu'il en soit le ministre: alors la monarchie elle-même est républicaine» (15). La soberanía enlaza en este pensador con la voluntad general, no con la forma de gobierno que ésta adopte. Forma de Estado y forma de gobierno balizan, pues, el campo conceptual del término república en el discurso erudito inmediatamente anterior a la Revolución francesa.

En cuanto a los ejemplos históricos ilustrativos de las consideraciones teóricas anteriormente bosquejadas respecto de la construcción de una república que excluya el principio monárquico, la totalidad de los que podríamos señalar anteriores a 1776 responden a la estructura de república antigua de la que toman el modelo. Sin embargo, después de la Declaración de Independencia de las colonias inglesas en América del Norte, una república inédita, no monárquica, se manifestará como realidad incontestable: la república americana, que si bien se consolidaba sobre el principio de igualdad de derechos para los ciudadanos tomado del mundo clásico, rompía con el paradigma grecorromano al establecerse, por un lado, sobre un territorio que so-

(10) J.-J. ROUSSEAU: *Contrat Social*, GF-Flammarion, París, 1992, pág. 63.

(11) *Ibid.*

(12) Para Montesquieu el principio de la virtud se define por «l'amour de la république, des lois et de la patrie, en un mot l'amour de l'égalité (...) La république touchera à son terme si le sentiment de l'indépendance individuelle remplace celui de la liberté de l'État, que la solidarité se perde ou encore que l'égalité dégénère en anarchie». F. PONTEIL: *La pensée politique depuis Montesquieu*, Seuil/Tours, París, 1960, pág. 6.

(13) MONTESQUIEU: *L'Esprit des lois*, GF-Flammarion, París, 1979, pág. 131.

(14) *Ibid.*

(15) J.-J. ROUSSEAU: *op. cit.*, pág. 63.

brepasaba los reducidos límites de la ciudad griega, y, por otro, al organizarse a partir de un modelo federal y no imperial como había sido el de Roma. Una república hostil al principio monárquico se materializaba de esta suerte, escapando al mismo tiempo de la historia y de la pura teoría política. Pero la posibilidad de un régimen político así concebido se circunscribía al Nuevo Mundo y en ningún caso, ni siquiera en la imaginación de los más optimistas o fantasiosos, era admitida para la vieja Europa; los *cahiers de doléances* anteriores a la Revolución en Francia no manifiestan deseo alguno de una república. Camille Desmoulin dice en 1793, a propósito de este asunto: «Nous n'étions peut-être pas à Paris dix républicains le 12 juillet 1789» (16); en vísperas de la proclamación de la I República (1792) no hubo tampoco más que un pequeño grupo —el cual sólo se aproximaba muy vagamente a lo que se podría considerar un *partido republicano*— en atreverse a decir que, «l'on doit se passer d'un roi et que l'établissement d'une République en France est à la fois souhaitable et possible...» (17). Sin embargo, una república, síntesis dificultosa entre el modelo antiguo, la república americana y los principios teóricos elaborados por las Luces, se asienta finalmente en el viejo mundo.

II. LA PRIMERA REPÚBLICA FRANCESA: ENTRE LA IMPROVISACIÓN Y EL DESCONCIERTO

En el lapso que va desde el 10 de agosto al 22 de septiembre de 1792 Francia hubo de decidir qué tipo de Estado y de gobierno quería para el futuro; el día 21 Grégoire declaraba: «Les rois sont dans l'ordre moral ce que les monstres sont dans l'ordre physique. Les Cours sont l'atelier du crime, le foyer de la corruption et la tanière des tyrans. L'histoire des rois est le martyrologe des nations» (18). Al día siguiente, el 22, la Convención decretaba el inicio de una nueva era: empieza *l'an I de la République française*. Pero... ¿qué república? ¿La república antigua? ¿La de las Luces? ¿Aquella por la que los americanos habían optado? ¿Una al modo de Venecia?

Hasta 1791 casi ninguna opinión se había destacado en favor de la república, ya definitivamente antimonarquía: en París «la mention de la république est rare. Les

(16) Citado por J. CASTELNAU: *Le club des jacobins, 1789-1795*, Hachette, París, 1948, pág. 22.

(17) C. NICOLET: *op. cit.*, pág. 28.

(18) Y. FAUCHOIS: *Chronologie politique de la Révolution, 1789-1799*, Marabout Université, 1989, pág. 158.

(19) Si éstos eran los republicanos declarados existían otros, según Castelnau, no declarados pero igualmente activos: «Dans le salon d'une femme de lettres. M^{me} Robert —escribe Castelnau—, quelques isolés se réunissent et prononcent à mi-voix le mot République. Ce ne sont pas des ouvriers que ces pré-curseurs, ce ne sont pas des agitateurs qui s'en vont répétant ce qu'ils ont entendu, le matin, dans les faubourgs. Il y a là un académicien, un avocat, deux ou trois pamphlétaires aventureux. On peut dire que, dès 1790, il y a une poignée de républicains en France, un embryon de parti, et cet embryon c'est une élite qui le constitue», en *Le club des jacobins, 1789-1795*, *op. cit.*, pág. 53.

seuls républicains déclarés (19) étaient Marat, son journal *l'Ami du peuple* et François Robert, son journal *Le Mercure national*, avec le Club des Cordeliers ainsi que Lavicomterie, mais Robespierre, Saint-Just, Ferrières rejetaient l'idée de république...» (20). Si bien el rey era considerado como el *premier fonctionnaire public* y la hereditabilidad de tal función excluía cualquier sentido patrimonial (21), la corona no fue en ningún momento objeto de controversia. Muy al contrario, la monarquía era necesaria en tanto que símbolo de unión entre todos los franceses y garante al mismo tiempo, como cabeza del Ejecutivo, del respeto a los derechos del pueblo, pero también de protección contra sus posibles excesos (22). Ni siquiera los más radicales de los *Amis de la Constitution* —que más tarde encarnarían el espíritu republicano por excelencia—, como la sociedad popular de Bayonne, llegaron a pedir la supresión de la corona; en una de sus *adresses* los miembros de esta sociedad proponían simplemente que se impidiera a la institución real «nuire à l'harmonie sociale» (23).

Pero la fuga de Varennes iba a desbaratar tal coincidencia de opiniones. Las diferencias en el seno de los jacobinos se radicalizan y mientras que Robespierre, circunscribiendo el problema a la persona de Luis XVI, rechazaba la República sin de-

(20) N. TENZER: *op. cit.*, pág. 45.

(21) El 28 de marzo de 1791, Thouret, miembro del Comité de constitución, exponía los principios de la institución real en un discurso ante la Asamblea: «Si la royauté, quelque éminente et relevée qu'elle soit au-dessus des autres magistratures, est indubitablement une fonction publique, il est vrai de dire que le Roi est le *premier fonctionnaire public* (...). Prenons bien garde à la qualité d'*héritier présomptif* qu'on lui donne vulgairement; car l'hérédité suppose et appelle l'idée de la patrimonialité. La royauté n'est pas transférée héréditairement dans le même sens que l'est un patrimoine; elle se transmet comme fonction publique par continuation de la délégation primitive qui suit l'ordre héréditaire (...). L'utilité de déclarer nettement ces deux vérités, se démontre par cette seule considération, que l'idée de *propriété*, lorsqu'elle vient se joindre à celle de *royauté*, introduit le paradoxe et prépare l'établissement du pouvoir absolu», *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 20.

(22) «Aujourd'hui, des factieux embrassant le système d'une liberté indéfinie, cherchant à renverser la monarchie, à arracher au meilleur des Rois une couronne que nos cœurs et nos Lois ont si justement placée sur sa tête, et à ériger en république le vaste empire des François (...); ils auroient aisément reconnu que les républiques ne conviennent qu'à des cités ou des petits États; et que la France, autant par sa population que par son étendue, exige que l'exécution des Lois soit remise à un seul, revêtu d'une autorité capable d'empêcher, au nom de la Loi, l'abus que le Peuple pourroit en faire; ils auroient reconnu aussi qu'un corps législatif, fidèle surveillant des droits du Peuple, est toujours à portée d'en prévenir l'oubli, ou d'en punir la violation...» Enviado por la Sociedad de Agen a la de Poitiers con fecha del 15 de mayo de 1791. *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 21.

(23) En un discurso pronunciado en la sesión del 24 de diciembre de 1790 en la Sociedad popular de Bayonne, León Basterreche, miembro de la Sociedad, decía: «Vous y verrez que j'ai cherché à concilier les droits d'égalité, qui appartiennent à tout individu de la société, avec la conservation de cette pompe du trône, qui doit sans doute son origine à des préjugés peu philosophiques, mais qu'on pourra tolérer, sans dangers, quand, par son organisation, il existera en elle une heureuse impuissance de nuire à l'harmonie sociale», *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 21.

(24) En la sesión del 13 de julio de 1791 en los Jacobinos, Robespierre se expresaba en estos términos: «Quant au monarque, je n'ai point partagé l'effroi que le titre de roi a inspiré à presque tous les

clararse monárquico (24), en provincias no todas las sociedades populares afiliadas a los jacobinos de París compartían sus criterios (25). La defensa de la Constitución, que reconoce la monarquía como gobierno de Francia (26), no impedirá a los más radicales de sus *amis* el demandar que la institución real fuera abolida: si en Tulle, Aurillac o Cambrai las sociedades populares se limitan a condenar la huida del rey y con ella su persona, la de Montpellier no se contenta con la denuncia del hecho:

«Il ne nous manquoit pour être Romains que la haine et l'expulsion des rois: nous avons la première, nous attendons de vous la seconde. D'après la manière dont le gouvernement est organisé, un roi est inutile: l'exécution peut marcher sans lui, et cet ornement superflu de la constitution est tellement dispendieux, qu'il est instant de le détruire (...) Faites de la France une république...» (27).

La «pompe du trone», que en 1790 «on pourra tolérer sans dangers» (28), conoce ahora una condena sin fisuras. Pero en otras sociedades populares, como la de Vannes, Bourmont o la de Poitiers, la censura a la persona de Luis XVI, el rey que ha traicionado a la nación, coexiste con la opinión que aboga por el mantenimiento de la corona; la de Toulouse respondería así a la de Montpellier:

«Les états médiocres avec des mœurs simples peuvent seuls comporter le républicanisme (...). Nous pensons, avec Mably (29), que s'il n'existoit pas une famille privilégiée à la tête de la Société, l'État, exposé aux entreprises hardies des hommes ambitieux, avides de régner, verroit peut-être s'élever comme à Rome des Marius (...). Il est bon, suivant le grand Publiciste qui nous sert de guide, d'avoir une espèce de Roi, afin d'empêcher qu'il s'en élève un véritable» (30).

peuples libres. Pourvu que la nation fût mise à sa place, et qu'on laissât un libre essor au patriotisme que la nature de notre révolution avoit fait dans une famille, j'ai cru seulement qu'il ne falloit point abaisser la majesté du peuple devant son délégué (...). On savoit bien que nous n'avions jamais combattu ni l'existence ni même l'hérédité de la royauté; on n'étoit pas assez stupide pour ignorer que ces mots république, monarchie n'étoient que des termes vagues et insignifiants, propres seulement à devenir des noms de sectes et des semences de division, mais qui ne caractérisent pas une nature particulière de gouvernement (...) Que la question actuelle n'avoit pour objet que la personne de Louis XVI...», *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 20.

(25) Ver L. DE CARDENAL: *La province pendant la Révolution. Histoire des clubs jacobins (1789-1795)*, Payot, París, 1929.

(26) Constitución del 3 de diciembre de 1791, Título III, art. 4: «Le Gouvernement est monarchique: le Pouvoir exécutif est délégué au Roi, pour être exercé sous son autorité, par des ministres et autres agents responsables, de la manière qui sera déterminée ci-après.»

(27) Adresse de la Sociedad popular de Montpellier a la Asamblea del 11 de julio de 1791. *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 22.

(28) Véase nota 23.

(29) La gran influencia de Mably sobre los jacobinos pudiera estar en el origen de la inicial ambigüedad de éstos respecto a la disyuntiva república-monarquía. En efecto, «Mably preconise une monarchie républicaine, s'oppose au "despotisme légal" des philosophes économistes, mais ne songe pas à faire disparaître la monarchie elle-même, ce vice "nécessaire dans une nation, dès qu'elle a perdu les idées primitives de simplicité et d'égalité"». C. RHIS: *Les philosophes Utopistes. Le mythe de la cité communautaire en France au XVIII^e siècle*, Marcel Rivière et Cie, París, 1970, pág. 82.

(30) *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 22.

Durante los meses de julio y agosto de 1791 «le pays tout entier reste indécis». En una petición a la Asamblea Nacional del club parisiense, bajo el título de *Vœux formés par des Français libres* y a la voz temprana de «la patrie en danger», los autodenominados *sans-culottes* reclaman la abdicación del rey, la disolución de la Asamblea Legislativa y la formación de una Convención nacional, la extensión del sufragio a todos aquellos que paguen contribución por mínima que ésta sea... (31). Pero en ningún momento exigen la república..., aún no.

Tras un año de relaciones difíciles entre la corona, la Legislativa y la «opinión pública», provocadas por la guerra, los problemas internos y las sospechas de que el rey no era del todo leal a la nación, el ambiente se caldea hasta conducir, en agosto de 1792, a la retirada de Luis XVI de sus funciones. Disuelta la Asamblea y convocadas las elecciones generales a sufragio universal (32), la nueva Cámara de ellas surgida, que se concibe como Convención Nacional (33), simultaneará el proceso seguido contra el rey y la reforma en profundidad de las disposiciones legales hasta ese momento sancionadas. Para los dirigentes políticos que toman el relevo en el poder, reconocidos históricamente bajo el apelativo de «la Gironde», la tarea debía de comenzar por la redacción de un texto constitucional donde se recogiera la forma republicana del nuevo *contrat social* que se proponían instaurar. Una vez proclamada la república una e indivisible, el primer paso hacia los objetivos previstos fue la formación de un Comité de Constitución encargado de preparar el nuevo Código, Comité elegido finalmente el 11 de octubre de 1792; el día 19, en un informe presentado por Barère, uno de sus miembros, dicho Comité pide la colaboración del género humano en la tarea que le ha sido encomendada:

«Il (el Comité de Constitución) a pensé qu'au moment où les représentants du peuple français s'occupent de tracer un nouveau plan de constitution, ils devoient s'environner de toutes les lumières (...), appeler tous les citoyens à concourir plus particulièrement à la rédaction des conditions du nouveau pacte social, établir une correspondance politique et morale avec les philosophes et les publicistes, associer tous les esprits pour mieux réunir toutes les volontés, et donner à l'opinion publique l'initiative solennelle qui lui appartient sur tous les objets qui intéressent la nation. La constitution d'une grande république ne peut pas être l'ouvrage de quelques esprits: elle doit être l'ouvrage de l'esprit humain...» (34).

(31) Carta enviada por la Sociedad madre parisiense a la Sociedad popular de Poitiers en agosto de 1791. *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 20.

(32) Un decreto del Consejo Ejecutivo suprime, el 11 de agosto, la diferencia entre ciudadano activo y ciudadano pasivo. El día 21, la Convención redacta un nuevo decreto por el que todo francés mayor de veintiún años podrá ser elector, y si es mayor de veinticinco podrá también ser elegido.

(33) «Pourquoi une Convention? Ce terme d'origine anglaise, rendu célèbre par l'Indépendance américaine, désignait une Assemblée pourvue de deux pouvoirs: établir une nouvelle constitution et assumer provisoirement l'exercice de la souveraineté.» M. MORABITO y D. BOURMAUD: *Histoire constitutionnelle et politique de la France (1789-1958)*, Mouchrestien, Paris 1991, págs. 96-97.

(34) *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 24.

Propuesta tan democrática parece poco probable que fuera rechazada por ningún miembro de la sociedad *des Amis de la Liberté et l'Égalité*, y sin embargo el texto finalmente adoptado en junio de 1793 no contaría con ninguna aportación exterior a ellos. La cesura entre la Gironda y los jacobinos se hacía cada vez mayor; rivalidades personales y desacuerdos teóricos impedirían que el texto de Condorcet, propuesto por el Comité de Constitución el 15 y 16 de febrero de 1793, llegara nunca a ser aprobado.

En efecto, el proyecto constitucional venía ya estorbado por el antagonismo que desde hacía meses enfrentaba al grupo de la Gironda con el de la Montagne; acusaciones mutuas de querer hacer prevalecer los intereses de la facción sobre los generales, e incluso de intentar establecer un nuevo régimen despótico (35), apuntaban hacia la lucha irremediable por alcanzar el poder. Los desacuerdos doctrinales no parecían servir tampoco más que de coartada para justificar la legitimidad de cada una de las posiciones (36). Pese a tal evidencia cabría señalar, no obstante, algunas

(35) La Sociedad popular de Angers, partidaria de la Gironda, escribía: «Nous n'abhorrons pas moins les Despotes Démagogues que les Tyrans Couronnés. Une nouvelle Faction vient de s'élever dans le sein de la Capitale (...) Que de toutes les parties de l'Empire, il soit demandé un décret d'accusation contre ses coupables auteurs, Danton, Robespierre, Marat et Camille Desmoulins...» (Carta de la Sociedad popular de Angers del 24 de septiembre de 1792; *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 26). Como contrapartida sirva el siguiente fragmento de una circular del club jacobino de París, fechada el 30 de noviembre de 1792: «Passons aux agitateurs, désorganisateur qui nous égarent et veulent la dictature ou le triumvirat. Si, d'accord avec les Rolland, Brissot, Berbarous, Buzot, Louvet, etc..., nos frères entendent désigner les Robespierre, Danton, Collot d'Herbois, en un mot, la députation de Paris, et tous ceux qui ont les mêmes principes, nous sommes loin de partager leur opinion...» —*Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 25.

(36) Esa es la opinión de A. Aulard: «Je le répète —dice—: l'opposition que les Montagnards firent au projet girondin de constitution n'exprima, si on va au fond des choses, aucune différence doctrinale d'opinion. S'ils attaquaient ce projet, c'est uniquement parce qu'il émanait de leurs adversaires. Au besoin, ils n'hésitaient pas à combattre dans ce projet leurs propres tendances politiques, quand ils les y retrouvaient, et, chose curieuse! ils les combattaient par des arguments plutôt girondins.» En *Histoire politique de la Révolution française. Origines et Développement de la Démocratie et de la République (1789-1804)*, A. Colin, París, 1905, pág. 292. Pese al seguimiento que el autor hace de los trabajos de la Convención en el momento de redactar la nueva Constitución, tal aserto suscita al menos dos observaciones. Por lo pronto, la manipulación del discurso ideológico en provecho de intereses personales o de grupo, no obsta para que dicho discurso contenga auténticas discrepancias conceptuales respecto a otro al que se opone en lo que a la materia del propio discurso se refiere. Cuando Aulard, para ilustrar la cita anterior, escribe a continuación: «Ainsi Condorcet avait organisé assez fortement le pouvoir exécutif, en le faisant émaner d'un vote populaire. S'il y avait une idée politique qui semblât particulière aux Montagnards, n'était-ce pas celle d'un pouvoir exécutif fort?» (pág. 293), cabe preguntarse sobre qué evidencia histórica cifra el autor dicha suposición, máxime si se tiene en cuenta que, para destacarla, él mismo aporta dos ejemplos discursivos en los que dirigentes tan relevantes de la Montagne como Saint-Just y Robespierre se manifiestan contrarios a las propuestas de Condorcet. Habría que distinguir lo que pertenece al corpus doctrinal jacobino de aquello a lo que la práctica política pudo conducir; la coherencia entre ambos extremos ni es obligada, ni suele producirse. La segunda observación estaría dirigida a la acusación de impostura ideológica contenida en las palabras de Aulard: por un lado, el decurso ideológico jacobino configura una doctrina que se construye según los acontecimientos se suceden; por otro, los elementos que la componen forman, por origen y circunstancia, un conjunto heterogéneo que se entrecruza necesariamente con los principios del resto de las corrientes políticas activas sobre el mismo escenario revolucionario.

líneas de discordia efectivamente situadas en la cuadrícula sobre la que se dibuja la república. La discrepancia parte de la diferente inspiración de cada uno de los grupos: la girondina consagraba un sistema de democracia formal donde la concepción individualista del derecho, netamente liberal, primaba sobre otras consideraciones de carácter social; la posición jacobina, sin desatender en ningún momento los derechos individuales, mostraría una mayor inquietud por el grupo, sea éste entendido como conjunto social o como entidad política. El proyecto de la Gironda suponía, respecto a la monarquía constitucional de Luis XVI, un paso más hacia la modernidad republicana; pero, en palabras de Aulard, «ce sont les mêmes idées, les mêmes formules, mais beaucoup plus explicites (...) Quant au plan même de constitution, on y retrouvait sans doute la constitution de 1791, qui avait servi de base et de modèle, mais on l'y retrouvait républicanisée et démocratisée» (37). Es decir que, conservando una Declaración de Derechos similar a la del 1789, el plan de Condorcet excluye taxativamente a la corona de las instituciones nacionales, y la Asamblea, que mantiene una sola Cámara, será ahora elegida por sufragio universal; el Poder Ejecutivo, antes detentado por el rey, pasará a manos de un consejo ejecutivo surgido, al igual que la Asamblea, de los votos populares, reconociéndose el *referéndum* como fórmula de sanción de la labor del legislativo (38). La república jacobina, aunque conserva idénticas figuras institucionales a las formalizadas en el proyecto de la Gironda, modificará sensiblemente, como veremos más adelante, su contenido: la Declaración de Derechos de 1793 pondrá un mayor acento en la llamada «cuestión social»; el legislativo no estará compuesto de representantes, sino de simples «commettants» controlados directamente por el pueblo; no existirá la separación de poderes que permitía en el proyecto de Condorcet el establecimiento de un auténtico Poder Ejecutivo, sino que el consejo ejecutivo dependerá completamente del legislativo; y en lo que al *referéndum* se refiere, ampliado su empleo, su organización quedará establecida en términos semejantes a los propuestos en el texto girondino. La división administrativa de Francia, que enfrentaba los departamentos y París (39), y la proyección trascendente de la idea republicana, que oponía una república de vocación universal a otra nacional, respectivamente girondina y montagnarde, rematan el cuadro diferencial entre uno y otro de los esbozos republicanos.

Pero la república girondina no llegaría nunca a ver la luz; hubo que esperar a las agitadas jornadas de mayo y junio de 1793 para que un nuevo texto constitucional,

(37) A. AULARD: *op. cit.*, pág. 283.

(38) Ver «Le projet girondin», en M. MORABITO y D. BOURMAUD: *op. cit.*, págs. 103-108.

(39) «Le combat ne se radicalisa toutefois que sur la question du *découpage administratif*. Le projet girondin visait en effet à affaiblir les communes, qui s'étaient jusqu'alors affirmées —notamment la Commune de Paris— comme le soutien sans faille de la Révolution, et à renforcer l'autorité des départements par la suppression des districts (Titre IV). Or, les départements incarnaient une certaine autonomie face à la volonté centralisatrice de la capitale. Sur ce thème, l'accord entre Girondins et Montagnards était impossible.» M. MORABITO y D. BOURMAUD: *op. cit.*, págs. 107-108.

surgido del ala montagnarde, instituyera formalmente, incluso si dicho texto jamás fue aplicado, un modelo de república con los contornos precisos.

III. EL ANDAMIAJE DOCTRINAL DE LA REPÚBLICA JACOBINA

Con los trabajos de redacción de la nueva Carta y el proceso a Luis XVI la república jacobina —*res publica* y antimonarquía— comenzaba a fraguarse. Las sociedades populares que habían permanecido fieles al club de la *rue Saint Honoré* se reagrupan para defender y contribuir a aquella república que desde la sociedad madre batallaba en la Convención, y las ambigüedades que algunas mostraron en el momento de la fuga de Varennes quedarán definitivamente arrinconadas. Así, por ejemplo, el 22 de agosto de 1792 la sociedad popular de Bayonne, por boca de uno de sus miembros, J. B. Bailac, se expresará en términos inequívocos en favor de la república:

«Dans la lutte polémique qui eut lieu en 1791, entre l'abbé Siéyès et M. Payne, le premier demandoit au second ce qu'il entendoit par République, si toutes les institutions nouvelles ne faisoient pas de la France une vraie République. Ah! que ne jettoit-il les yeux sur ce Pouvoir exécutif chargé d'une couronne, riche d'un immense superflu, dispensateur de tant de grâces et d'emplois, et surtout directeur d'une armée nécessairement nombreuse! tout cela étoit généreusement donné à un homme, avec substitution à tous ses descendants, et c'étoit là une République dont l'étymologie même indique le droit égal de tous les citoyens à toutes les places, à toutes les fonctions?» (40).

Droit égal de tous les citoyens à toutes les places, à toutes les fonctions... queda aquí netamente formulada la idea generatriz de la república entendida como *antimonarquía* —el primero de sus elementos definidores—, en estrecha relación con el sentido jacobino del principio de igualdad: la existencia de un rey, destinado por nacimiento a una función de la que estaban excluidos el resto de los miembros que componen la república, contravenía frontalmente el citado principio, principio que aparecerá recogido de forma explícita en la Declaración de Derechos de 1793 (41).

Vaciado de representación el Poder Ejecutivo, antes encarnado en la corona, Bailac resuelve el problema optando por un poder igualmente personalizado, que, debido precisamente a ello, se revelaría para los dirigentes jacobinos incompatible con el principio de igualdad con el que se habían comprometido (42). La Convención jacobina opta entonces por un órgano colegiado —el Consejo Ejecutivo— como titular,

(40) *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 26.

(41) Artículos 5 y 6 de la Declaración de Derechos de 1793.

(42) «Une nouvelle question s'élève. Y aura-t-il un Conseil exécutif —dice Bailac— élu par le peuple ou un simple Président chargé de placer dans les divers ministères des hommes de son choix? Cette dernière organisation me semble préférable.» *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 26.

no del Poder Ejecutivo, sino de su función, y cuyos miembros serán responsables ante el legislativo. Si la antimonarquía era el primero de los elementos sustanciales de la república que se va construyendo, el *rechazo a cualquier personalización del poder*, implícito en la fórmula elegida para la función ejecutiva, consagra el segundo de dichos elementos: la personalización del poder, al oponerse al principio de igualdad, se enfrenta en consecuencia a la idea jacobina de democracia en tanto que coloca fuera y por encima del pueblo, único sujeto legítimo de soberanía, a uno de los individuos que lo integran; el mandato imperativo, pero también la extrema brevedad en la duración de cualquiera de las funciones a través de las cuales el poder es ejercido, bien sea a nivel nacional (43) bien a nivel local (44), constituyen la muestra palmaria del rechazo jacobino a la localización individualizada del poder.

Este segundo elemento nos conduce a un tercero por el que se define un trazo más de la república: el concepto de soberanía. Recurramos aquí a los textos constitucionales de 1791 y 1793. El de 1791 ordena un régimen liberal; en el de 1793 las directrices democráticas desplazan en parte a las liberales. En la Constitución de 1791 se dice que «la Souveraineté est une, indivisible, inaliénable et imprescriptible. Elle appartient à la Nation...» (45); soberanía, pues, de la nación, cuyos integrantes quedarán determinados por el requisito de ciudadano activo (46) que la Carta exige para poder ser elector, fórmula esencial de concurrencia a la vida pública en la política liberal. En el caso del texto constitucional de 1793, reafimándose el enunciado del artículo XXV de la Declaración de Derechos jacobina (47), se registra explícitamente quién conforma el sujeto soberano y su composición: «Le peuple souverain est l'universalité des citoyens français» (art. 7); ningún requisito de índole económico-social se añade en este caso al de simple ciudadano para participar en los asuntos pú-

(43) Los diputados a la Convención son elegidos cada año (art. 40 de la Constitución de 1793), el todopoderoso Comité de Salud Pública se renueva todos los meses... Sin embargo, las medidas destinadas a impedir que una cabeza sobresaliera de entre el resto no fueron muy efectivas: en el caso del Comité de Salud Pública, «si leur renouvellement est fréquent, leur rééligibilité est, par contre, indéfinie —mesure qui détruit la portée de la précédente—, et ouvre la voie à la cooptation et à la personnalisation du pouvoir: le renouvellement du Comité avait lieu par acclamations, et sur proposition de Robespierre.» A. MESTRE: «L'État révolutionnaire», en *Constitutionnalisme jacobin et constitutionnalisme soviétique*, PUF, París, 1971, pág. 35.

(44) Las autoridades locales constituidas son elegidas igualmente por un período de un año (art. 81 de la Constitución de 1793), pero el principio alcanza también a la organización interna de las sociedades populares. En el artículo 11 del Reglamento de la Sociedad popular de Poitiers, aprobado el 16 de junio de 1790, se especifica que: «Le président et deux secrétaires seront changés tous les mois et nommés au scrutin à la pluralité simple...» Un nuevo texto de septiembre de 1791 mantiene tal disposición: «Le président sera nommé au scrutin est à la majorité absolue des suffrages, dans la première séance de chaque mois», disposición análoga para el resto de funciones establecidas dentro de la sociedad. *Comité de Rapports de la Société Populaire de Poitiers, 1790-1795*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 14.

(45) Artículo primero del Título tercero, *Des Pouvoirs Publics*.

(46) Artículo 2.º de la Sección II del Título III.

(47) «La souveraineté réside dans le peuple; elle est une et indivisible, imprescriptible et inaliénable.»

blicos mediante el ejercicio del sufragio. Pueblo y nación se identifican enteramente en este segundo caso. Y mientras que la Constitución de 1791 estatuye que el poder del soberano se ejerce por representación (48), y por representación territorial (49), la de 1793 suprimirá tal criterio cuando en su artículo 21 determina que «la population est la seule base de la représentation nationale», y que cada diputado lo es del conjunto nacional: «Chaque député appartient à la nation entière» (art. 29). Dos concepciones de la soberanía contraponen, pues, ambos textos y los regímenes que estructuran: soberanía nacional en la que el individuo prevalece sobre el grupo en el primer caso; soberanía popular en la que la identidad del grupo destaca sobre la de los miembros que lo componen en el segundo. *Soberanía popular*, colectiva (50), que en la república jacobina diseña el tercero de sus rasgos distintivos.

Pero el discurso de Baillac aún nos ha de proporcionar un cuarto elemento ligado estrechamente a los anteriores por un doble vínculo: el pueblo soberano, que no admitía que el poder se encarnara en otro sujeto que no fuera él mismo, tampoco tolera que dicho poder sea fragmentado. *Indivisibilidad de la soberanía de la que se infiere la exclusividad de su ejercicio y de su configuración; es decir, la no fragmentación del Poder ni del Estado*. Si la no fragmentación del Estado había constituido uno de los más importantes puntos de discordia con la Gironda y la excusa de no pocas ejecuciones so pretexto de federalismo y, por ende, de atentar contra la unidad de la república, la no fragmentación del Poder se había ido fraguando entre la ambigüedad o la indiferencia de las fuerzas en conflicto. Al margen del proyecto girondino, ni las medidas del gobierno provisional que surge tras la proclamación de la república, ni la Constitución de 1793 (51) registran el principio de separación de poderes formulado por Montesquieu (52). El único poder de Estado emanado de la soberanía popular que se reconoce es el legislativo; el Ejecutivo no se contemplará como tal poder sino a modo de derivación subordinada del legislativo (53). Idéntico

(48) «La nation, de qui seule émanent tous les Pouvoirs, ne peut les exercer que par délégation»; artículo 2, Título III.

(49) Sección primera, *Nombre des représentants. Bases de la représentation*, del Título III.

(50) «À la différence de la Monarchie —dice Michel-Henry Fabre—, la République se base sur une souveraineté collective et non pas individuelle. Mais cette souveraineté collective varie selon que la République est aristocratique ou démocratique. Dans la république aristocratique la souveraineté appartient à un groupe minoritaire d'individus. Dans la République démocratique le souverain est le peuple, et la France n'épouse jamais que ce type de république», en *La République. Sa perception constitutionnelle par les Français*, Édisud, Aix-en-Provence, 1987, pág. 24.

(51) Los artículos 63, 67, 71 y 77 de la Constitución de 1793, pese a lo impreciso del texto, reglan una auténtica subordinación del Ejecutivo al Legislativo. En cuanto a un hipotético poder judicial, la formulación constitucional permite más bien hablar de independencia en el ejercicio de la justicia que de un auténtico poder (artículos del 85 al 100 de la Constitución de 1793).

(52) Véase A. MESTRE: *op. cit.*, págs. 28-29.

(53) «Pourquoi un seul pouvoir? —se pregunta Michel-Henry Fabre— Par le caractère même de la souveraineté, puissance suprême, au-dessus de laquelle aucune autre n'existe et en conséquence forcément indivisible. Mais pourquoi le pouvoir législatif plutôt que le pouvoir exécutif? Du fait de la nature de la volonté du peuple souverain. Volonté générale qui parce qu'elle est telle ne peut s'exprimer que par

rechazo se reproduce ante la posible escisión en dos Cámaras del órgano que representa la soberanía, la Asamblea: a un solo sujeto de soberanía, una sola representación, una sola Cámara (54). Nada novedoso parece desprenderse de esta medida: la Constitución de 1791 y el proyecto de Condorcet estatuirían igualmente una Cámara única, y sin embargo, la propuesta jacobina, además de excluir el concepto liberal de representación para los componentes de la Asamblea, no obedecía tan sólo, como en los casos anteriores, a la urgencia revolucionaria impuesta por los acontecimientos, sino que, como acabamos de ver, se derivaba igualmente de uno de los principios rectores de la república montagnarde, el de no fragmentación del poder. Unidad frente a cualquier tipo de dispersión, tal era la máxima jacobina:

«Unité de la loi, unité de poids, unité de mesure, unité de principes, unité d'instruction, unité d'action, unité et indivisibilité de la république française; voilà où doivent tendre toutes législations et toutes administrations de la république française» (55).

Pero, como nos recuerda Bailac,

«les plus beaux réglements de législation seroient illusoires, si l'on ne trouvoit le secret d'attacher tous les citoyens à l'intérêt de l'État. Que les vertus ouvrent le temple politique et non les richesses. On a trop abusé de la doctrine qui attribue exclusivement aux propriétaires l'honnêteté et le patriotisme. Un homme très-opulent est bien plus dangereux dans les fonctions publiques qu'un homme très-pauvre. Pourquoi donc fixer un terme politique à l'indigence et ne pas en fixer un à la richesse?» (56).

Aparece aquí la *virtud republicana*, quinta y última de las señas de identidad que proponemos para la I República francesa. Bajo su salvaguarda, tal y como predicaran las Luces, todo el edificio republicano ha de construirse y conservarse:

des actes généraux, abstraits, donc des actes réglés, des lois. La volonté générale, volonté du peuple souverain, n'est autre que le pouvoir de faire la loi, le pouvoir législatif. Comme le pouvoir du peuple est souverain et que ce pouvoir se confond avec le pouvoir de faire la loi, c'est bien le pouvoir législatif qui est le pouvoir souverain et en conséquence le seul pouvoir dans l'État. Quant au gouvernement s'il existe (il n'existe pas forcément), il ne fait pas la loi, il se borne à l'exécuter; sa place étant subordonnée, il ne forme pas un véritable pouvoir», en *La République...*, *op. cit.*, págs. 20-21.

(54) «Le desir de balancer fortement les pouvoirs —decía Bailac— a inspiré à plusieurs personnes l'idée d'instituer un Sénat représentatif. Ah! ne dénaturons point la sublime conception d'une chambre unique sortie de la tête de Francklin. Outre l'analogie que l'opinion publique établiroit naturellement entre ce sénat et l'odieuse chambre haute, tous ces pouvoirs intermédiaires entravent prodigieusement la marche ordinaire des lois, ouvrent une porte plus facile à la corruption et prennent un mauvais esprit de corps, comme on le voit en Amérique, où ce genre de sénat, introduit dans la Constitution commence à exciter des plaintes...», *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 26.

(55) Fragmento de una carta del club parisiense del 29 de diciembre de 1792 recibida en la Sociedad popular de Poitiers. *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 26.

(56) *Correspondance de la Société populaire de Poitiers*, Archivo de la Biblioteca Municipal de Poitiers, serie S. 26.

«La République française honore la loyauté, le courage, la vieillesse, la piété filiale, le malheur. Elle remet le dépôt de sa Constitution sous la garde de toutes les vertus» (57).

En la virtud así institucionalizada por la Constitución de 1793 confluyen todos los demás principios que apuntalan el andamiaje doctrinal del nuevo régimen; virtud que convoca a los miembros de la *cit * y virtud que los califica (58). Si sólo ella tiene la capacidad de reunir a todos los firmantes del *contrat social*, en la misma medida es ella la única que determina, como se desprende de las palabras de Bailac, quiénes est n en condiciones de firmarlo: el pueblo, si soberano por derecho, también virtuoso por naturaleza. Pero,  quien integra tal entidad? Condiciones específicas del Derecho habían establecido, como acabamos de examinar, la estructura político-doctrinal del régimen republicano; condiciones de moral, contra condiciones de riqueza en un régimen liberal, determinarán el acceso al órgano por la virtud definido —la *cit *— y, en consecuencia, al estatuto de ciudadanía. El ciudadano, sujeto de la soberanía, individualidad que compone la república, al contrario de lo que sucedía en la Constitución de 1791, será merecedor aquí de tal estatuto en función de un código moral estricto, el republicano.

Para finalizar, el acento en lo social mostrado por la estructura que acabamos de repasar no permite, sin embargo, concluir que la república instituida en 1793 d  vida a un régimen socialista. Una calificación tal, además de ser anacrónica, implicaría ignorar todo el aporte que desde las diferentes corrientes del pensamiento político hasta aquellos momentos elaborado, y a través de los más diversos canales de propaganda, alcanza a la república montagnarde. El nuevo régimen se define aquí por lo que le singulariza respecto a los régimenes anteriores, aquello que lo diferencia, no por lo que de común —sin duda importante— pudiera tener con ellos: república simplemente jacobina que culmina un lento proceso de gestación desde la antigüedad clásica hasta su mismo alumbramiento en el año I de la República francesa (59).

(57) Artículo 123 de la Constitución de 1793.

(58) «Vertu —explica Le Cour Grandmaison— que les figures du riche et de l'aristocrate érigées en contre-exemples nous permettent de cerner d'assez près. Elle se définit ici, à l'opposé de l' goisme de ces derniers qui préfèrent et imposent leurs volontés particulières, par cette posture où l'individu renonce à lui-même pour faire prévaloir des préoccupations intéressant l'ensemble du corps social. Mépris des richesses et des fastes et en revers amour de la simplicité et dévouement aux intérêts de la communauté, tels sont donc les éléments qui définissent des mœurs saines. Ainsi la morale revient en force, puisque c'est elle qui justifie et autorise maintenant l'extension du suffrage aux couches sociales réputées incarner ces dispositions.» O. DE LA COUR GRANDMAISON: *Les citoyenn t s en Révolution (1789-1794)*, PUF, Paris, 1992, pág. 151.

(59) «Dès lors, le mot République n'a plus seulement sa valeur étymologique ou utopique: tout au contraire, il se charge d'une véritable sédimentation de significations historiques diverses, ce qui lui donne à la fois une valeur concrète, véritable en quelque sorte —puisqu'il évoquera de la façon la plus précise un *moment* de l'histoire de la France et du monde—, et une imprécision redoutable.» C. NICOLET: *op. cit.*, págs. 28-29.